CAPITULO V

SANTA MÓNICA VIUDA. — IMPÓNESE LOS MAYORES SACRIFICIOS PARA TERMINAR LA EDUCACIÓN DE AGUSTÍN.— ROMANIANO LE AYUDA. — EN MEDIO DE SUS GRANDES AFLICCIONES MÓNICA NO PIERDE LA ESPERANZA.— PRIMER ESFUERZO DE AGUSTÍN PARA VOLVER Á LA VERDAD.

Años 372 y 375.

La primera obra que Dios había confiado á Santa Mónica, estaba terminada. Había empleado diecisiete años en cumplir su misión; pues si bien la cronología de esta historia se halla envuelta en cierta obscuridad, no obstante, cuantos se han ocupado de la Santa están de acuerdo en que la muerte de Patricio tuvo lugar el año 371. Mónica contaría entonces sobre treinta y nueve.

Conviene consignar aquí un hecho, que constantemente hemos observado en nuestros estudios hagiológicos; y es, que casi todas las grandes Santas han sobrevivido á sus maridos. Santa Mónica, Santa Paula, Santa Isabel de Hungría, Santa Eduvigis, Santa Juana Chantal, la Bienaventurada María de la Encarnación y otras muchas presenciaron la muerte de sus respectivos esposos. Toman el estado del matrimonio, pero no hacen más que atravesarle pasando por él de largo; gustan por un instante sus dulces satisfacciones, enseñando al mundo que ha de hacerse esto santamente; pero bien pronto Dios, cual si ambicionara para sí la posesión de tales corazones, desarraiga y destruye todo cuanto los rodea; dando acaso á esas grandes almas, en los dolores que sufren, ocasión y facilidad de llegar al sumo grado de la virtud, para cuyo logro rara vez hay en el matrimonio suficiente libertad. Podría creerse que cuanto más felices son en este estado, más expuestas andan á quedarse luego viudas. Santa Isabel, por ejemplo, contaba sólo veinte años, Santa Eduvigis veintitrés, y Santa Juana Chantal veintinueve, cuando Dios les arrebató la dicha de su vida conyugal. Verdad es que Santa Mónica no fué viuda hasta la edad de cuarenta años próximamente; pero también lo es que Dios no había

esperado ese tiempo sino para coronarla de espinas, y que ella en su matrimonio sólo había tenido dolores; pareciendo á causa de esto natural que no se rompiesen tan pronto sus cadenas.

No obstante, apenas hubo muerto Patricio, cuando empieza Mónica á elevarse; y, no encontrando ya obstáculos que vencer las nobles aspiraciones de su alma, limitadas y comprimidas durante el matrimonio, tienden y marchan rápidamente hacia la virtud más sublime.

No consta que Mónica recibiera del Obispo de Thagaste el velo y hábito, con que la Iglesia solía vestir las viudas deseosas de perseverar hasta la muerte en aquel estado, y que consagradas así á Dios, desempeñaban por entonces en la Iglesia muchos é importantes cargos (1).

---

(1) Desde su origen pensó la Iglesia, para honrar y preservar á las viudas de todo peligro, en convertir la viudez en una especie de consagración á Dios. San Jerónimo llama á este estado el *segundo grado de castidad* (Epístola XXVI), y mucho tiempo antes se había prescrito la forma de consagración que tenía lugar, no en el templo, sino en el *secretarium* ó sacristía. Desde entonces la viuda pertenecía á la Iglesia que debía cuidar de su subsistencia, y por esto en los *títulos* de ciertas viudas cristianas, se hace constar expresamente, que no le fueron gravosas: «*Ecclesiam nunquam, ó nihil gravavit.* (Marchi, *Monumentos del arte cristiano,* pág. 98.) Desde entonces también, se las empleaba en ciertos ministerios apostólicos, verbigracia:

Es posible que el deseo de conservar la libertad para ir en socorro del hijo, que tanto necesitaba de su madre, la impidiera esta consagración; pero es también seguro que, por un sentimiento de fidelidad á la memoria de su marido, Mónica juró en su corazón no volver á casarse, y no pertenecer jamás sino á Dios. San Agustín mismo lo enseña, y al trazar algunos rasgos de su madre en aquella época, añade: «Vos sabéis »oh Dios mío, lo que era entonces mi madre: »una viuda casta, sobria y llena de caridad para »con los pobres; que prestaba á vuestros Santos »toda clase de homenajes y servicios, y que no »dejaba pasar un solo día sin asistir al Santo

---

visitar los enfermos, instruir los catecúmenos, etc. Hallamos además en sus epitafios esta fórmula, sorprendente para las personas poco familiarizadas con la disciplina de la Iglesia primitiva: «*Vidua sedit: ha tomado asiento* en calidad de viuda veinte años, treinta años etc. *Veneriginæ Matri viduæ quæ sedit vidua annos LX.* (Morini, *Inscripciones de Alb.,* pág. 195.) Se lee también sobre un fragmento de piedra *(Boldeti,* pág. 452), *Vidua sedit,* aludiendo á la silla ó cátedra que ocupaban las viudas para enseñar; resultando fuera de toda duda que muchas de las sillas ó asientos que se ven en las catacumbas, estaban destinadas para ellas. (Véase Martini, *Diccionario de antigüedades cristianas.*) Pero en tiempo de Santa Mónica esta ocupación de las viudas había desaparecido; siendo reemplazada con la práctica de buenas obras fuera del templo, que el Obispo les recomendaba al bendecir el hábito.

»Sacrificio de la Misa; siendo tan asidua en la »iglesia que diariamente permanecía en ella »largas horas recogida, silenciosa y ocupada, no »en las novedades del día, ni en hablar con las »demás que iban al templo, sino en comunicar »con Vos, oh Dios mío, y en escucharos (1).» Era una de esas viudas de que habla Bossuet, que *verdaderamente viudas* y desoladas, puede decirse, se sepultan en la tumba de su marido; enterrando con sus cenizas queridas todo amor humano, y que, solas en el mundo, se consagran enteramente á Jesucristo, su nuevo esposo (2).

A este luto que llevó toda su vida, y que es singularmente notable teniendo en cuenta lo que había sufrido de Patricio, uníase entonces otro luto que, si por fortuna no había de ser eterno, era sin duda más doloroso: la aflicción de una madre que ve perecer el alma de su hijo, y que para salvarla no puede hacer más que inmolarse

(1) «Viduæ castæ ac sobriæ frequentantis eleemosynas, obsequentis atque servientis tuis, nullum diem prætermitentis oblationem ad altare tuum; bis in die manè et vesperè, ad ecclesiam tuam sine ulla intermissione venientis, non ad vanas fabulas et aniles loquacitates, sed ut te audiret in tuis sermonibus, et tu illam in suis orationibus.» (*Confes.*, lib. V, cap. IX.)

(2) Bossuet, *Oración fúnebre de la Princesa Palatina* y *Cartas de piedad y discreción.* (Carta LXXXIII.)

y orar por él. En tal situación, para que sus lágrimas fuesen poderosas, y sus oraciones proporcionadas á la necesidad de Agustín, se retira y se consagra con más empeño que nunca al silencio, á la vida oculta, á consolar toda clase de miserias y, sobre todo, al puro y generoso amor de Dios.

Jamás, ni aun en su juventud, había amado Mónica los atavíos mundanos, antes bien miraba con desprecio los excesivos adornos; así que, apenas fué viuda, renunció resueltamente á todas estas cosas, y empezó á vestirse con aquella severa sencillez que distingue á las mujeres de quienes San Pablo ha dicho muy bien, que son verdaderamente viudas. A esta bella cualidad unía también una mortificación muy austera: apenas comía, y sus ayunos eran tan frecuentes y rigurosos que no había quien la igualara, no obstante ser aquélla una época en que la mortificación corporal se practicaba animosamente. Cuando por casualidad no ayunaba, y esto acontecía sólo en días festivos, se sentaba á la mesa suspirando, y miraba los alimentos como uno de esos brebajes amargos, que se suministran á los enfermos (1). El continuo recuerdo de los extravíos de

(1) «Tantâ autem gratiâ ancilla Christi jejunando alios præcellebat, quod diebus quibus ad cœnam vocabatur, tanquam ad amaram medicinam accedebat.» (*Boll.*, 4 Maii.)

su hijo y de los dolores de Jesucristo, no la permitían en la mesa goce alguno. Su conversación era dulce, inocente, humilde, franca y tan completamente cristiana que, cuando murió, y aun mucho tiempo después, nadie recordaba haberle oído una palabra que no reflejara su ardiente fe (1).

Mónica había amado siempre mucho á los pobres, y podía decirse que este amor fué su primera pasión. Desde la más tierna infancia, sentía gran placer en esperar los peregrinos para lavarles los pies, ó en transladarse á las casas de los enfermos para prestarles sus servicios. Su desgraciado matrimonio reprimió esta inclinación, pero sin destruirla, ó más bien aumentándola, como sucede á un torrente cuyo curso se quiere detener; así es que, tan luego como fué viuda, el torrente se desbordó, y aumentado con las aguas que estaban represadas hacía diecisiete años, tomó extensión tan grande y altura tal, que ya no se contentaba con dar de comer á los pobres; sino que también los curaba, ungía con aceite sus asquerosas llagas, los besaba respetuosa, los cubría de caricias y los bañaba con lágrimas. Los

(1) «Nunquam verbum seculare... Sed in omnibus verbis suis et factis, semper Christum nominabat.» (*Boll.*, 4 Maii.)

pobres á su vez, como fuera de sí y llenos de gratitud, no se contentaban cual en otro tiempo con llamarla su madre, sino que la llamaban también su criada. El primero de estos títulos significaba la ternura y caridad de Mónica para con los mismos pobres, y el segundo revelaba su heroísmo y los humildes y bajos oficios, á que descendía impulsada por el gran amor que los tenía (1).

Entre la multitud de pobres, de afligidos, de desgraciados y enfermos que Mónica llevaba siempre en el corazón, había sus categorías y preferencias, creadas por ella siendo niña, pero que recobraron su puesto, tan luego como enviudó (2).

(1) «Ut non solum mater pauperum vocaretur, sed ancilla. Et quia, dum vir ejus vivebat, potestatem proprii corporis non habebat, ideo eleemosynas non ita largiter tribuebat. Sed postea ita vixit, ut non solum eleemosynas largiter tribueret, sed etiam cicatrices pauperum liniret.» (*Boll.*, 4 Maii.)

Hæc egenis ministravit
Et in eis Christum pavit,
Mater dicta pauperum;
Curam gerens infirmorum
Lavit, stravit et eorum
Tersit sordes vulnerum.

(Adan de San-Victor, *Himno de Santa Mónica.*)

(2) *Confes.*, lib. V, cap. IX; lib. IX, cap. IX; lib. IX, cap. XIII.

Su especial afición era cuidar de los enfermos pobres á domicilio y en los hospitales; pues en aquel Imperio romano tan conmovido, empezaban á nacer ya estos establecimientos (1), y en tanto que la Iglesia los proveía de Hermanas de la Caridad, creación más hermosa aún que los mismos hospitales, Dios infundía en el corazón de las mujeres cristianas el pensamiento de servir á los enfermos; y la Iglesia confiaba este cuidado especialmente á las viudas, que se relevaban para que día y noche no careciesen éstos de asistencia. Santa Mónica era de las más fervientes y asiduas, y pasaba largas horas á la cabecera de los enfermos, contemplándose feliz cuando servía á nuestro Señor Jesucristo en la persona de los pobres (2).

(1) Los hospitales, (*nosocomia*), que empezaron á crearse en el imperio de Constantino, (porque hasta entonces la Iglesia, sin libertad para obrar, cuidaba de los pobres á domicilio, por medio de diáconos regionarios y de viudas consagradas á Dios), no eran, como los hospitales de nuestra época, vastos edificios que revelan unidad, sino un conjunto de casas independientes, (*domunculæ*), de modo que cada enfermo tenía su habitación separada. (Procope, *De Ædif.;* Justinian., t. I, caput II; *Hist. Bizant.*, III; Gregorio Nacianceno, Orat. III.) Véase el nuevo y excelente *Diccionario de antigüedades cristianas,* por el Abate Martini.

(2) «Die noctuque infirmos visitabat... Satagebat mirabiliter opera pietatis pro posse cordialiter implere, super omnia infirmis servire.» (Idem, itidem.)

Además del cuidado de éstos, obra tan laudable y meritoria, había otra en aquel tiempo más necesaria aún, y que recomendaban mucho los Obispos á todos los cristianos, pero especialmente á las viudas: era la de enterrar á los muertos. Procuraba la Iglesia crear un tierno y delicado interés por los restos mortales del hombre, y nada contribuía á su desarrollo tanto como el ver á señoras distinguidas, á nobles y elegantes patricias lavando, por sí mismas, los cuerpos de los pobres é infelices esclavos, aromatizándolos, amortajándolos y dando á veces sus más ricos vestidos para sepultarlos (1). Santa Mónica seguía estos bellos ejemplos: cuando, por sí misma, había asistido y cuidado á un pobre, no cedía á nadie el honor de darle sepultura. Le lavaba, le cubría con un sudario, y como no había podido llenar este deber con nuestro Señor Jesucristo, se consideraba dichosa y honrada haciéndolo con uno de sus miembros. Ultimamente, acompañaba el cadáver hasta el cementerio, encargando luego que se pidiese á Dios por el alma del difunto (2).

Aun había para Mónica otra cosa que intere-

(1) August., *De Civit. Dei,* lib. XII, cap. XIII; Lactant., *Instit. divin.*, lib. VI; Tertull., *Apolog.*, XLII; Euseb., *Hist. Eccles.*, VII, XVI.

(2) Boll., 4 de Mayo.

saba mucho más su corazón, y á la que se aplicaba con ardiente celo y especial cariño. Profesaba grande amor á los niños huérfanos que se hallaban expuestos á perder la fe, por no haber quien en ella les sostuviese. Se esforzaba por servirles de madre, los educaba y muchas veces hasta los recogía en su misma casa, sentándolos á su propia mesa. ¿Quién no ve en esto una bellísima inspiración de su corazón de madre, y de madre afligida? Mónica daba estos hijos á Dios, para que Dios la devolviese su Agustín; infundía la fe y el amor en estas tiernas almas, á fin de obtener de Dios la conservación de la fe y el renacimiento del amor divino en el corazón de su hijo (1).

Pero la más bella de todas las obras, la más necesaria y delicada á que se entregaba con todo el corazón, y á que Dios la había destinado de un modo especial, era el consuelo de las viudas y de las mujeres casadas (2). Mas ¡ay! que para las primeras aún puede haber consuelo; pero en cuanto á las segundas ¿quién piensa en ellas? ¿quién podría hallar medio de consolarlas? No hay á veces llaga más dolorosa, pero tampoco más secreta; va el dolor en el alma, y es necesario sonreir. ¡Cuántos hogares domésticos hay donde el amor no ha penetrado jamás! ¡Qué de matrimonios, más tristes todavía, en donde por un instante brilló la llama del amor; pero sobrevinieron luego la indiferencia, el olvido y el abandono; quedando sólo cenizas frías de los primeros ardores! ¡Qué de almas, cuya suerte es generalmente envidiada, y llevan, sin embargo, en el fondo del corazón llagas para las que no hay consuelo posible! Santa Mónica lo sabía por experiencia, y se consagraba á estas curas difíciles, empleando toda su dulzura, su exquisita delicadeza, su profundo y luminoso ingenio, y obteniendo en tal empresa maravillosos resultados. He aquí algunas obras de caridad, en que Santa Mónica pasaba su vida. Mas como acontece que si los placeres cansan, los continuos sacrificios llegan á fatigar; cuando desmayaba, corría á reponerse y tomar nuevos bríos cerca de Jesucristo, siempre presente en el augusto Sacramento, manantial vivo é inagotable de amor y de sacrificio.

(1) Boll., 4 de Mayo.
(2) «Viduas et maritatas consolari.» (*Boll.*, 4 Maii.)

Cualquiera que por la mañana ó por la noche entraba en la iglesia de Thagaste, veía allí á Santa Mónica en oración, recogida, inmóvil, arrodillada (probablemente en el mismo rincón de que tanto gustaba en su niñez), y llevando sobre su rostro hermoso, pero surcado de lágrimas, la expresión viva de su fe y de su amor á